

PRÁCTICAS DE VUELO

Núm. 3, 09/09/2024

Comité editorial:

Alejandra Guadalupe Meza Jacome

Alejandro Siliceo Ramírez

Ángel Enrique Valdivieso Priego

Camila Vidal Zárate

Darío Risquez Wojtarowski

Emilio Govela Sevilla

Mariana Pérez Ramírez

Mayra Patricia Martínez González

Ilustración de portada:

Mayra Patricia Martínez González

Revisión ortográfica:

Ángel Enrique Valdivieso Priego

Colaboradores de esta edición:

Ángel Mejía Hernández

Claudia Esther Cornelio Cruz

Francisco Yael Quevedo

Frida Cárdenas Acosta

Frida Montesinos Gamboa

Giovanni Marín Ortiz

Lorena Guzmán González

Luz Xcaret García Avalos

Martha Elí Calatayud García

Martha Susana Mapel González

Nelly Sorcia

Samantha Romero Flores

Yaquelin Oliva

Imágenes:

Todas las imágenes utilizadas en esta revista, con la excepción de la portada, pertenecen al dominio público o están publicadas bajo una licencia Creative Commons. Ninguna de estas imágenes nos pertenece y se indica siempre el nombre del autor.

Información:

Prácticas de vuelo es una revista estudiantil, y no está afiliada oficialmente con la Universidad Veracruzana.

Correo electrónico:

practicassdevuelo@proton.me

Sitio web:

<https://practicassdevuelo.neocities.org>

ÍNDICE

04 — **Editorial**, Ángel Enrique Valdivieso Priego

Cuento

06 — **El roba mangos**, Frida Cárdenas Acosta

11 — **El faro**, Yaquelin Oliva

14 — **Amor de lobo**, Claudia Esther Cornelio Cruz

Poesía

19 — **Poema feo #4: *Tiene de columna vertebral un alacrán enterrado debajo de una botella***, Martha Elí Calatayud García

21 — **Mamá Celes**, Frida Montesinos Gamboa

24 — **Dios arranca los ojos**, Yaquelin Oliva

26 — **Tres poemas de Samantha Romero Flores**

32 — **Dos poemas de Francisco Yael Quevedo**

35 — **Tres poemas de Nelly Sorcia**

38 — **Más poemas de Poesía sin nombre**

Otras prosas

55 — **Seco estudio de una hermana mayor**, Yaquelin Oliva

Editorial

Ángel E. Valdivieso Priego

El número anterior de *Prácticas de vuelo* rompió récords. En total, veinte personas se animaron a publicar sus textos y el resultado fue una edición veinte páginas más extensa que la primera. Tuvimos tanto trabajo que la publicación se retrasó un poco.

Este número, en comparación, es un tanto más breve y más modesto. Lejos de parecerme una lástima, lo veo como una oportunidad para agradecer, uno por uno, a todos los que colaboraron esta vez. No porque los anteriores colaboradores no merezcan también su agradecimiento personal, sino porque un recuento de tantas personas habría resultado tal vez tedioso para el lector (véase el segundo canto de la *Iliada*).

En fin. Primero, gracias a los chicos de la Universidad de Guadalajara —Francisco, Frida, Nelly, Samantha, Yaquelin—, que abarcan una muy significativa porción de este número. Sé que a algunos de ustedes casi los obligamos a participar, así que es maravilloso que lo hayan hecho de buena gana y, además, con textos de tan alta calidad. Gracias en particular, Frida, por interesarte

en el proyecto apenas oíste hablar de él.

Gracias a los miembros del taller Poesía sin nombre —Ángel, Giovanni, Lorena, Luz, Martha Susana— que aparecen en *Prácticas de vuelo* por segunda vez. Aún no sé exactamente cómo encontraron nuestra convocatoria, pero estoy muy feliz de que lo hayan hecho.

Gracias, Martha Elí, por honrar (creo que el verbo no es exagerado) esta edición con un poema tuyo.

Gracias a Frida Montesinos y Claudia Esther, ambas estudiantes de la Universidad Veracruzana y entusiastas de la revista desde que nació. Su apoyo es una de mis mayores motivaciones.

A todos ustedes les dedico estos versos de Gabriela Mistral:

Y se funden las palabras
que me diste y que me dieron
en una sola y ferviente:
¡Gracias, gracias, gracias, gracias!

Por último, quiero hablar de un par de cosas relativas a *Prácticas de vuelo*. Hasta ahora, hemos pretendido publicar la revista aproximadamente cada tres meses; es decir, al inicio y término de cada periodo escolar. Ahora, por diversas razones, eso se ha vuelto muy difícil. Así que

tenemos un nuevo modelo: publicación *semestral*, siempre al inicio de cada semestre, como este número. Una de las grandes ventajas de este cambio es que todos tendrán más tiempo para trabajar y enviar sus textos, y que además las fechas de recepción y publicación serán —espero— un poco menos confusas.

Por esta razón, la convocatoria que abre hoy no cerrará hasta el último día de este año, y el siguiente número será publicado en febrero de 2025.

Hay otra gran noticia. Como saben, *Prácticas de vuelo* es una revista digital. Pero se acerca nuestro primer aniversario — precisamente en febrero de 2025— y el plan es que la próxima edición (la cuarta) aparezca simultáneamente en formato digital e impreso.

Ahora bien, todo corre de nuestros bolsillos de estudiantes, por lo que será un tiraje en blanco y negro y no muy grande. La versión impresa tendrá un costo, que servirá *estrictamente para cubrir los gastos de impresión*. No lucraremos con sus textos.

La información completa la encontrarán en las [bases](#) colgadas en nuestro sitio web. Si les interesa, léanlas completas, por

favor. Ahora sí, adiós. O mejor: hasta pronto.

El roba mangos

Frida Cárdenas Acosta



Caçant un niu (1880) de Josep Berga i Boix.

Había un niño que robaba mangos del árbol plantado en mi casa. Realmente aquel árbol no estaba en el jardín como tal, pero crecía en la banqueta de la entrada. Y la verdad, que el niño no era el único que robaba los mangos; siempre estaba con sus amigos y cuando me veían llegar del colegio, se iban corriendo. Pero aquel niño, de cejas pobladas, era el único que se me quedaba viendo cuando llegaba.

—¿Por qué siempre llegas más tarde? —preguntó él un día.

Yo ya estaba a nada de abrir la

puerta de mi casa, él estaba parado debajo del árbol.

Lo miré, sin comprender que me hablaba a mí.

—¿Yo? —pregunté.

—Sí, tú.

Seguía sin comprender su pregunta.

—No entiendo.

—Es que vamos a la misma escuela, ¿no?

—¿Ah, sí?

—Sí. Te he visto en los recreos y eres la única niña que lleva calcetines con figuras. Todas las niñas los llevan lisos.

Me encogí de hombros, sintiendo un ardor inusual en las mejillas. Ahora que lo notaba, llevaba los mismos pantalones que todos los niños llevan en su uniforme. Puede que nunca me haya dado cuenta, porque cuando lo veía robándose los mangos, no tenía la camisa del uniforme. Ni él, ni sus amigos. Nada más llevaban la playera interior, llena de tierra.

—No sabía, no te he visto.

—Entonces, ¿por qué llegas más tarde que nosotros? Todos salimos al mismo tiempo, ¿no?

—Me quedo a clases extra de mates.

—¿Eres buena en mates?

—Soy malísima.

Ambos reímos y yo apreté las

correas de mi mochila.

—Yo también —confesó él.

Esa tarde, mientras hacía tarea, me di cuenta que no le había preguntado su nombre. Él tampoco había preguntado el mío, pero en mí caía cierta culpa porque él ya sabía que éramos de la misma escuela, yo ni en cuenta. Y también sabía que mis calcetas eran raras.

En la noche, cuando se suponía que ya debía estar dormida, me levanté de la cama para revisar el cajón de los calcetines. Todos los pares tenían dibujos de flores. Pensé en todos los calcetines de mis compañeras y todos eran lisos; a ninguna de ellas se les bajaban los calcetines cuando corrían. Los míos siempre terminaban pegados a mis zapatos y las maestras me regañaban.

—Mamá, ¿por qué mis calcetines no son lisos? —pregunté la mañana siguiente.

—No sé, hija. Tu abuela es quien te los compra.

Era sábado, los fines de semana los niños no venían a robar mangos.

—Mamá, ¿el árbol de mangos es nuestro?

—Pues nuestro, nuestro, no es.

Era fin de semana, así que tendría que esperar a la escuela, para preguntarle al niño roba

mangos por su nombre. Igual, me la pasé pegada a la cocina, esperando escuchar las risas de aquellos niños afuera; quizá se les ocurría venir por mangos este finde.

Pero no se les ocurrió.

Sin embargo, mi abuela llegó al mediodía para llevarme al centro, a Catedral.

—Vamos al mercado y te compro semillas, para que les des a las palomas —me indicó mi abue, esperando conmigo el camión.

—Abue —la llamé.

—¿Sí, hija?

—¿Por qué me compras calcetas con figuras?

—Son bonitas, esas las usábamos mis hermanas y yo cuando íbamos a la escuela.

—¿Lisas no usaban? —pregunté.

Mi abuela negó con la cabeza. Yo miré los carros pasar.

En el mercado, mi abuela compró una bolsa de semillas varias y mientras pagaba, yo me quedaba viendo las cabezas de los puercos que estaban en la carnicería de al lado.

Caminamos a la catedral contra el montón de gente que inundaba el centro de la ciudad. Abuela me tomó de la mano al cruzar la calle.

Aventé las semillas, alimenté a las palomas y las intenté espantar

cuando no dejaban a los pájaros más pequeños comer. Cuando se me acabaron las semillas me fui a sentar con mi abuela, que me había estado viendo desde una banca.

—¿Puedo tener unas calcetas lisas? —pregunté con algo de pena.

—¿Para la escuela? —me preguntó.

Yo asentí. Miré a los pájaros, hurgar en las grietas de la plaza por las semillas que habían quedado. La catedral hizo sonar sus campanas, la gente se empezó a acercar a la iglesia; mi abuela y yo levantamos la vista para ver las campanas balancearse. El cielo estaba despejado, hacía sol.

—Creo que sigue abierta la zapatería, hay que ir antes de que cierren —me dijo mi abuela, levantándose con su bolsa.

Me sorprendí, creí que no me las compraría hasta que llegara la nueva lista de materiales. Era cuando mi abuela me compraba calcetas, zapatos y moños nuevos.

Caminamos a la zapatería bajo el sol, yo intentando no pisar las grietas de la banqueta. Mi abuela me compró dos pares de calcetas lisas y a mi abuelo le compró un boleador.

Cuando volvimos a casa, fui a guardar mis calcetas nuevas dentro del cajón. Las comparé con las que

ya tenía y sonreí ansiosa, ya no tendría que usar calcetas raras.

La emoción devoró mi estómago, quería regresar a la escuela y hacer honores con las niñas, usando las mismas calcetas que ellas. La emoción se transformó en desesperación, misma que apenas me dejaba comer.

—¿Por qué no te terminas el plato, hija?

—No tengo mucha hambre.

Mi mamá sonreía.

—Has de andar enamorada, pues.

Yo renegaba, rodando los ojos.

Cuando volví a la escuela, nadie notó mis calcetas nuevas y lisas. Ni siquiera las maestras que siempre me regañaban porque se me caían.

Tampoco vi al roba mangos por ningún lado. Ni a la hora de la entrada, cuando todos estaban desparramados esperando que los salones se abrieran. Ni en el recreo, pero quizá eso era más culpa del orden de los niños y niñas; yo me quedaba en las jardineras con mis compañeras, los niños se iban a las canchas. Tampoco lo vi en la salida, porque él se iba corriendo a subirse en los hombros de sus amigos para alcanzar los mangos. Yo me iba a repasar mates.

Cuando llegué al pasillo donde

estaba el salón de tutorías lo vi: el niño que robaba mangos, el de las cejas tupidas, el de la playera interior embarrada de tierra. Pero ahora llevaba la camisa de la escuela, desfajada, pero la llevaba. Estaba afuera del salón, hablando con la maestra Ceci.

—Sofi, qué bueno que llegas —me saludó ella, sonriendo—, tienes un nuevo compañero, puedes ayudar para que no esté perdido. Él es José.

—Hola —saludó él, alzando sus cejas.

—Hola —saludé.

La profe me pidió que en lo que llegaban los demás, le explicara a José qué estábamos viendo. Entramos al salón mientras ella se quedaba afuera para recibir a mis compañeros.

—Creí que eras malísima, Miss Ceci dijo que eres muy buena —apuntó José, alargando la “u” de muy.

—En las clases normales soy mala, me distraigo mucho —confesé—, aquí no tengo de otra. Así que aquí supongo que soy buena. Yo creí que tú robabas mangos.

—Mi mamá quiso que me metiera a esta clase extra, porque yo sí soy malo de verdad. Y no robo mangos, tu mamá nos dio permiso.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Tus calcetas son diferentes —me señaló, ladeando un poco la cabeza—, ya son lisas.

—Sí, así es —asentí yo, sonriendo.

—¿Por qué?

—Pues todas las usan lisas.

—Pero las flores quedaban bonitas.

—Eran calcetas raras.

—¿Y?

No supe qué responder, así que mejor le empecé a explicar el tema que estábamos viendo en las tutorías. Pero cuando podía, miraba mis calcetas, lisas e ignoradas. Lisas y aburridas.

En medio de las tutorías, pasé el lápiz por las calcetas sin sentir la textura familiar que me habían regalado las calcetas de flores.

—¿Te gustaban las calcetas de flores? —me preguntó José, en el receso de quince minutos.

—No lo sé —respondí—, solo me las ponía y ya.

—¿Te molesta que sean diferentes?

Me encogí de hombros.

—Es que luego se me resbalan y las maestras me regañan —expliqué.

—¿Te han mandado reportes?

—No, jamás.

—En ese caso, creo que puedes usar las calcetas que quieras.

—Pero nadie las nota.

—Tú sí, ahora sí.

Asentí sin entender, mirando cómo la maestra se ponía a escribir en el pizarrón.

Una hora después, en la entrada del colegio, llegó la mamá de José y lo empezó a interrogar.

—¿Entonces? ¿Sí te gustó? ¿Qué te picó para pedir tutorías?

José aprovechó que su mamá no lo veía para voltear sus ojos hacía mí. Cuando se dio cuenta de que lo miraba y que había escuchado, se puso rojo. Mis orejas ardían. Apreté las correas de mi mochila, caminando en dirección contraria a ellos.

En casa, volví a comparar las calcetas.

El faro

Yaquelin Oliva



Le phare des casquets (1886), pintura de Georges-Antoine Rochegrosse.

Martes por la noche y la tormenta rugía como una bestia hambrienta. El mundo ante mis ojos era caótico. Las olas arremetían contra la costa con furia y la oscuridad parecía haberse tragado el mundo. De no haber sido por mi buen amigo, el balcón, los vientos hace tiempo que habrían hecho de las tuyas, mandándome a volar a quién sabe dónde.

Encendí mi pipa. La luz del viejo faro giraba sobre mi cabeza, iluminando el horizonte: la nada, como un perro que resguarda la

casa de su amo. Aspiré un par de veces y tallé mis ojos, cansado.

Marzo estaba a la vuelta de la esquina y, con él, el cumpleaños de Amelia, mi pequeña hija. Hacía un mes que no la veía, pero pronto volvería a casa. Tendría que comprarle un pastel en el camino de regreso, quizá un peluche como regalo o llevarla al circo, ese que tanto mencionaba en la postal que me envió la semana pasada.

Bajé las escaleras con cuidado, el óxido me llenaba las palmas y las teñía de un tono cobrizo. Picaba. El polvo había comenzado a acumularse en algún punto y el aroma a humedad se había filtrado de entre las paredes de acero del faro. La torre se estremeció mientras soltaba un chillido, yo lo hice con ella. Me aferré a la baranda como una rémora, el frío calándome en los huesos y la brizna colándose desde algún punto.

—Ese Jorge... Le dije ayer que limpiara, ¡mira nomás qué cochinerito me tiene! ¿Tanto le cuesta? Pero ya verá, me las va a pagar... —maldije mientras bajaba el último tramo.

Tosí un par de veces, tragué aire mohoso y lo llamé.

—¡Joel, Joel!

Pero Joaquín no respondió.

Dando zancadas, me di a la tarea de buscarlo. Entré a nuestra habitación de un portazo, para sorprenderlo, pero no había nadie. Como una burla, las camas seguían tendidas, el retrete vacío y la ducha sin usar. Si había algo que destacar, era el montón de latas vacías que se apilaban sobre el suelo de metal.

—¡Malnacido! ¡Hijo de perra! —grité, hirviendo de ira, y pateé una de las latas.

Rebotó un par de veces, luego rodó debajo de la cama. La habitación apestaba.

Bajé a la cocina. Tenía hambre y temía que José se hubiera zampado hasta la última lata. Mis sospechas fueron acertadas, solo quedaban huellas que indicaban que el almacén alguna vez estuvo a rebosar.

—¡No puede ser, no puede ser! ¡Ese desgraciado! —pataleé.

Encendí mi pipa. El tic tac del reloj pareció relajarme, mi respiración se volvió una con él. Aspiré un par de veces y tallé mis ojos, cansado. La cocina apestaba.

Tenía que encender el faro.

Bajé a la sala de control. Los tableros, más cachivaches que baratijas revolucionarias, me dieron la bienvenida con un placer casi insólito; sus bujías reían de

emoción, las pequeñas luces se sonrosaban y la radio, medio muda, intentaba alabarme en su lengua madre. Pero, ¿qué sé yo de idiomas? Nada.

Busqué a tientas. El foco, pañoso, apenas hacía visible la estancia. Tropecé un par de veces hasta llegar al tablero indicado, luego me detuve: Jonás dormía sobre él, mientras un par de moscas se le subían encima, algunas a punto de anidar. ¡Pobre desgraciado! Lo empujé y bajé una palanca a su lado. El faro dejó salir un suspiro de satisfacción, como si anunciara el haber despertado al fin de su letargo.

Busqué mi pipa, no estaba, ¡sanguijuela malagradecida! Jomar cayó al suelo, seguro la resaca lo estaba matando. Suspiré frustrado, la sala de control apestaba.

—Hombre, ¡menudo sueño tienes! ¡Levántate! —Lo pateé, en un intento nulo por despertarlo.

Se había acurrucado, cual niño. Por un momento me recordó a Amanda, mi pequeña hija. Me pregunté si le gustaría que fuéramos de picnic el próximo julio, en su cumpleaños, cuando del verano solo quedaran apenas algunos rastros y mi trabajo hubiera terminado. Ella correría hasta el cansancio, tomaría la

merienda y, luego, se dormiría agotada en mi regazo.

Bajé las escaleras, con cuidado. Podía escuchar a alguien tocando. Abrí a la puerta, su crujido resonó siniestro en la base, como queriendo asustarme.

Se hizo el silencio.

—¿Qué quieres? ¡No ves que estoy ocupado! —le grité al no-invitado.

Pero no hubo respuesta.

Entonces, algo se tragó al faro.

Amor de lobo

Claudia Esther Cornelio Cruz



Noche de invierno en Lituania (1907), pintura de Alfred Wierusz-Kowalski.

I. Aventurarse a seguir viviendo

De noche el aura del alba era fría e inhumana. Con lágrimas en los ojos, una chica llamada Asmara Génova Trípoli se encontraba huyendo de un temible orfanato quemado por el odio, la crisis y la guerra de su país; así que su desesperación por desaparecer de este mundo se trataba de un sueño corpóreo, el cual devoraba su alma, pero entre tanta nieve se perdió y llegó a un bosque absolutamente desconocido e inmenso, que solo se podía imaginar entre las páginas de los clásicos de la literatura gótica. Buscando el camino, su tiempo se convertía en un hosco infinito. En eso, contempló desde lejos una cabaña pequeña y triangular, ubicada en medio de aquel lugar. Asmara entró

temblorosa e insegura, esperando encontrar algún indicio de vida, sin embargo la morada no estaba habitada. Entonces se tiró al suelo húmedo, álgido y con petricor, allí en soledad se abrazó cálidamente para llamar su calma y en pocas horas se quedó dormida, soñando con encontrarse a un ser celestial que sanara su vacío familiar.

Al día siguiente, con cautela salió a explorar el amplio terreno. Esto lo realizaba para acondicionar lo que en ese momento era su hogar, además de investigar todo aquello en dicho bosque. Observó pinos estáticos, lagos sin corriente, grandes montañas y un árbol que estaba al final del bosque solo, sin hojas y con la corteza quebrada por la falta de esperanza, con el cual rápidamente se identificó, ya que ella había pasado por mucho, su sufrimiento irrevocable y su aliento irreparable de perder a su familia y ser exiliada desde la muerte de sus padres de su nación. Asmara no se dio cuenta de que lejos, atrás de un arbusto frondoso, un ser peludo la avizoraba con grata atención a sus palabras y conmovido por su extraordinaria sensibilidad con el sentir de sus verbos. Ella volvió reflexiva a la cabaña después de una charla amena con el árbol y divagar entre

sus recuerdos de la infancia perdida y convertida en la juventud por necesidad, admiró las heladas montañas preguntándose si la fortaleza a pesar de no ser el origen es más grande que la propia naturaleza, de ahí fue a cenar y luego, al resplandor de la luna de nieve concluyó que la experiencia le brindaría sabiduría en todas sus dudas.

A la mañana siguiente salió nuevamente, esta vez se demoró tanto que comenzó a notar que el bosque se cubría de un opaco color acompañado de un polvo brillante que se desataba de las luciérnagas sólo en época de hechizos, así que corrió velozmente y llegó a su casa. Al pie de su ventana observó con cuidado admirada a un lobo que parecía que buscaba algo, pero que al pasar se convirtió en un chico de cabello pelirrojo y ojos profundamente azules, eso llamó toda su atención, así que salió cuidadosamente y le preguntó nerviosa qué fue lo que había ocurrido; él no respondió, mas la miró a los ojos, atónito por su belleza. Ella, extrañada, entró a la cabaña por comida y volvió para compartirle sus alimentos. En ese momento, aquel ser de luz agarró con una sutil fuerza y un abrasador cariño su mano. Ella forcejeó con él

y le dijo que la dejara en paz, él la soltó y en señal de saludo alzó sus brazos e hizo una reverencia, posteriormente se presentó. Era Kribati Valetta de Namibia, aquel personaje de una leyenda que le contaron de niña en el que la muerte llegaba cuando el espíritu amaba a la soledad, ella sabiendo que él era ese espíritu preguntó qué fue lo que lo llamó hacia ella, a lo que él respondió que la nostalgia, la impotencia y la belleza de sus razonamientos habían recibido en su alma el llamado de unirlos con ella. Asmara le dijo que no necesitaba unir su alma con una leyenda espiritista y que agradecía que alguien haya encontrado belleza en ella, enfatizando que estaba buscando una nueva oportunidad, que en su interior había de buscar, un camino encontrar, nunca gritar ni mucho menos fallar y hacer de su búsqueda un sendero que haga a su voz sabia, fuerte, analítica y resolutiva. Él le recordó que su orgullo puede hacerle mucho daño y que apoyar al mundo del más allá era su deber por nacimiento, haciéndola reflexionar sobre sus padres, ella le preguntó que cómo podía reunir fuerzas para amar a alguien de esa forma, si nunca le habían hecho ninguna propuesta

amorosa, ya que en la sobrevivencia la adaptación es la que cuenta y era lo que ella estaba haciendo, él le susurró que ahí tenía la respuesta y desapareció.

Durante toda la noche se mantuvo en vela, cada vez que recordaba la profecía de la muerte y la soledad, experimentaba ansiedad por desear no haber salido de la cabaña y se arrepentía de ver la belleza ya humana en Kribati.

II. Cuando la enemistad cesa

A los rayos del Sol ella cayó, despertó y fue a buscar a Kribati. Se dirigió a un lugar peligroso con valentía como su abolengo hubiese querido, en este lugar la magia era oscura, habitaba la maldad y el sufrimiento; se hacía hechicería para curar los males, pero estos empeoraban por estar en la región de conquista y ser la morada de los marginados. Llegaba la tarde y el terreno mostraba sus dotes exóticos. Ella, atormentada por ver tanta injusticia, se dio cuenta de que necesitaba ayuda de la muerte para rescatar a esa gente de la miseria. Entonces, salió y llegó con aquel espíritu que la llamó y que sabía que ella había aceptado su propuesta, ya que su semblante lo decía, reconocía que Kribati tenía

—Si el amor entre tú y yo salvará a la gente de lo amargo de la vida, yo te acepto en mi alma.

Ahora, él la miró y le aclamó su aceptación:

—¡Oh, soledad, mi más grande amor! Todo mi ser es tuyo, desde antes de nacer hasta después de morir.

III. El despertar de la solución

Ambos siguieron caminando hasta llegar al hogar de Asmara. Él pasó la noche allí, contándole cómo puede hacer que renazcan las personas. Mientras cenaban le explicaba sobre la llave de Yalianput, la cual era la aceptación de la pérdida cuando alguien se encontraba a punto de renacer o el desprendimiento de la vida hacia la muerte con un sentido divino, o sea la vida eterna al desierto paradisiaco. Ella había concluido que los anhelos soñados de dicho espíritu que le concedía se cumplirían si eran recibidos con gracia y abundante entrega y que el dios de la muerte y de la vida seguía un ciclo: primero, inmovilidad del ánimo y luego, movilidad de esta, finalizando en la sucesión de estos hechos eternamente, porque no se puede vivir sin morir y no se puede morir

sin vivir, decían aquellos
Se avecinaba la mañana y ellos ya estaban despiertos. Desayunaron hablando sobre los Deacansas (seres que se alimentan de la negación de la llave de Yalianput), Kribati le expuso que ellos son la causa de que pensemos que morir y vivir son inútiles para el crecimiento y el desarrollo de un ente íntegro, además de que ellos habitaban en las profundidades de los cuerpos de agua, de tierra y de fuego y en el que se encontraban el origen de todos los fenómenos naturales, sociales y de salud que el ser humano ha experimentado desde sus inicios como explosiones, diluvios, terremotos, enfermedades, guerras y plagas. Asmara le preguntó a Kiribati si los Deacansas sabían que sus acciones creaban una línea de agentes contra ellos, a lo que el espíritu le respondió que a pesar de saber sobre la existencia de potencias inauguradas para su erradicación o reintegración a la sociedad, ellos seguían cometiendo ciertos actos que opacaban la vida de los seres humanos, al igual que de los animales y de la misma naturaleza. Ella pensó por un instante que por fin tenía la iniciativa para cambiar al mundo y de una vez por todas acabar con las

situaciones que la hicieron llorar y suplicar por una mejor oportunidad junto a sus padres, su país y el pueblo que tanto amaba; entonces salieron en busca de las personas contenidas en mala gracia para combatir contra los Deacansas, la aldea nefaria y el ambiente borrascoso.

IV. Vidas cambiadas

Llegaron al poblado de aquellos suburbios pobres y rurales, en el que se veían sombras amenazantes entrando a los habitantes, orillando al pánico, al suicidio, al asesinato y al robo. El polvo de las luciérnagas se convertía en contaminación atmosférica, los árboles caían como sus hojas en otoño, la lluvia se despegaba del cielo con truenos, rayos, relámpagos y centellas como en invierno y el calor era infernal como en verano, las enfermedades abundaban, al igual que la violencia. Intentando controlar a la población Asmara y Kribati dialogaron con sus armas celestiales, los dioses contra los Deacansas comenzaron la batalla. Se escuchaban trompetas desde lo más profundo del cielo rojizo, los niños necesitaban estar a salvo con sus padres o con otros familiares,

los malos hacían de las suyas sin remordimiento de conciencia hasta que criaturas aladas con coronas y vestidas de plumas golpearon sus cabezas como los pájaros cuando se chocan con los cristales; los criminales cayeron frágiles al suelo en llamas y los demás, gentiles bienaventurados llenos de plenitud viajaron al otro nivel del plano y al cierre las almas de Asmara y Kribati se unieron para producir un relato.

Poema feo #4: *Tiene de columna vertebral un alacrán encerrado dentro de una botella*

Martha Elí Calatayud García



Reproducción de una fotografía de P.H. Fabre, de dos escorpiones.

Nunca he visto un alacrán
pero sé la gente
no guerrerense les tiene miedo
porque dicen que no cantan,
para los igualtecos los alacranes
hacen como murmullo de grillo
y en la noche
hay que callar la ciudad para cazarlos;
y debe ser cierto porque ayer
vimos *Noche de fuego* y Ana
hablaba bajito porque intercambié
su espalda por un alacrán y su corazón
por tres piedras de montaña...

y debe ser cierto porque yo
no soy guerrerense pero tú sí
y a veces cuando no te hablo
pones mi muñeca en tu oído
y dices
mi corazón es un alacrán atrapado
y te da lástima porque es
de esos que cantan bajo las piedras,
como grillo enfermo,
quedito quedito para que no lo maten.

Mamá Celes

Frida Montesinos Gamboa



La bella napoli (1893), Christian Wilhelm Allers.

Te vas Mamá Celes,
y contigo la sabiduría de las plantas,
las "sobadas", los remedios.
No habrá quien nos cure del espanto
ni quien nos hable de las flores.
Te llevas contigo
los mejores días de muertos,
cuando cada año un enorme altar
lleno de ofrendas,
enmarcado por amarillo cempasúchil,
coronaba la sencillez de tu pequeña
enorme sala donde había cabida para todos.

A los familiares, los vecinos,
los amigos, a todos alimentabas
ejecutando la milagrosa multiplicación
del mole y los tamales que,
siguiendo un antiguo rito,
preferías preparar en el patio,
con tu olla de barro, tu leña y tu fuego.
Tantos niños ayudaste a pasar
por la entrada a este mundo,
noble y sabia partera,
la última de un linaje ahora interrumpido.
A los que trajiste en tu propio vientre
sola los creciste,
y nunca olvidaste el nombre
de cada uno de tus nietos y bisnietos:
frondoso árbol del que tú eres raíz.
Te vas, pero nos dejas el recuerdo
de tu gigantesco abrazo que contiene
a todos los que te conocimos:
hermosa flor lúcida, ágil y alegre
hasta casi el último de tus días.
Mamá Celes, para ti pondremos
alfombrado camino de pétalos,
para ti las flores, la vela encendida,
será ahora tu vivo recuerdo
quien ocupe el centro del altar de muertos
cada año en nuestras casas

y cada día en nuestras memorias.

Hasta siempre Mamá Celes.

Dios arranca los ojos

Yaquelin Oliva



El autor Louis Bouwmeester interpreta a Edipo (1896).

Quería alcanzar las estrellas
con alas de fe en tormenta de llanto
y refugiarme del mundo en el nicho de la luna
viviendo lo extraordinario.

Quería ser ángel
ser virgen
profeta
santo
algo.

Quería verlos de rodillas suplicando perdón
verlos desde lo más alto.

Quería llevar corona de espinas
hacer milagros.

Quería existir para amar
amar para ser amado.

Quería, quería, quería.

Poco sabía que yo era el ciego
que yo era el usurero
yo era el mentiroso
era el error
el malo
yo.

¿Cuán grande es el amor de Dios
que resulta cruel alcanzarlo
que implosiona el alma en el acto
que sofoca tras zambullirse en sus brazos
que arranca los ojos husmeando el sendero camino al cielo
que impone verdades con agujeros?

¿Cuán grande es el amor de Dios
que me niega como oveja de su rebaño?

Tres poemas de Samantha Romero Flores



Jardín de mi infancia (1958),
pintura de Vlassis Caniaris.

Lo nuestro

Como a través del tiempo, se columpió nuestro destino
quiso soltarse y miró impaciente al ayer.

Quiso recuperarse, intentó imitar al corazón
que esquivo las paredes inestables, impuestas.

Olvidé tus ojos, quizá detrás del buró
junto con la verdad que dejamos empolvar
a medida que la casa se quedaba vacía.

Tomé asiento en la cocina y de mis dedos salieron raíces
de mi boca los pájaros hicieron nido
tomaron mis palabras y encontraron su calor
que tu mar en pensamientos dejó ahogar.

Tus palabras, olas furiosas
azotaban contra mi respirar que se cortaba
sazonado y probado hasta que acabó todo.
Ni una sola pizca quedó en el mapa de tu sonrisa.

Yo, una simple laguna que hoy se secó
disminuido charco donde las risas no ríen
no salpican de colores lo que me queda de vida.

Lo nuestro no deja huella
ni en libros, ni en cuerpo, ni en infinito.
Deja flor que nace y muere en el lecho
de lo que alguna vez pudimos ser.

Existir frente a ti

No espero estar presente todo el tiempo
no espero nada ya
no espero despertar teniendo
aunque sea tu sombra a mi lado
pero me gustaría por lo menos
ser esa flor que brille en la luna a la que vas
cada vez que no estás.

Me gustaría ser la estrella más brillante
de una constelación que te encuentres viendo
sin saber por qué llama tanto tu atención.

Me gustaría ser ese pájaro que ves por la ventana
ese que no parece hacer nada
más que existir en tu vista
una vez que te volteas este pierde sus alas
y se vuelve polvo.

Me gustaría ser ese grano de arena
que sin llamativo aparente
resalta entre la inmensidad de la playa
ese que aunque se pierda en el mar
siempre terminas recordando.

Me gustaría perder la cordura
dejar de buscar infinitos en lo finito del mundo
detener la rotación de la tierra y salir disparada
disparada hacia el punto más alto de la existencia
desaparecer y volverme la nada.

Quizá de esa manera pueda reencarnar
en todo lo que quise ser para ti
en todo lo que nunca lograré ver
en la séptima vida donde tal vez
ese hilo rojo no estaba destinado a romperse.

¿Por qué?

I

¿Por qué es difícil? ¿Por qué es cansado? ¿Por qué es tan pesado y
constante el sentimiento de la exhaustiva existencia? ¿Por qué estoy

constantemente exclamando que la existencia duele? Y que yo existo, y que por lo tanto estoy en duelo todo el tiempo.

II

Estoy en duelo con mis tensiones.

Estoy en duelo con mis acciones.

Estoy en duelo con mi poca confianza
sobre cada una de mis decisiones.

Cada vez que estos pensamientos inundan mi cabeza
se desbordan creando más distracciones
creando cada vez más interrupciones
y pensamientos que no hacen más que golpear mi orgullo.

III

Dejé de ir a terapia

o quizás la terapia me soltó a mí
algo con lo que luché todo el tiempo
y que hasta el psicólogo hizo conmigo
antes de enseñarme a hacer.

IV

Dejé de pensar en los problemas como solo eso
y los convertí en monstruos que me siguen
que me acompañan
que están a mi lado más
que las personas en las que confío.

V

Vomitara poesía, aborrecerla, volver a vomitar
es un proceso que no sé si quiero de verdad
me gusta escribir, me gusta rayar
pero qué si solo son rayones
y a nadie le gustan en verdad.

VI

Esto es raro.
Esto es cansado.
Esto no me lleva a ningún lado
y una vez más estoy haciendo lo que más temo:
perder el tiempo.

Se me va de las manos.

Se me va volando.

Me gustaría atar una cuerda a mi mano
e irme flotando con él
a lo mejor así todo esto dejaría de doler.

VII

Esto no duele.

Esto no es nada.

Esta es una conversación sin receptor ni destinatario
estas son las invenciones de una mente con privilegio
con el privilegio de poder volverse loca
sin tener que morir a cambio.

No me gusta.

No quiero.

Quiero dejarlo ir y ser libre

uno con el viento

pero no es fácil

nada lo es.

Ser un pájaro y poder viajar

con el cambio de estación.

VIII

Esto no es bueno.

Esto no es malo.

Esta es la consecuencia de ~~querer~~ ser humano.

Dos poemas de Francisco Yael Quevedo



The Lover's Whirlwind (circa 1824),
pintura de William Blake.

PARAÍSO IV (llamas)

Por favor

Ruego a quien sea que me escuche
solo por un momento.

Que te deje entrar
que las nubes se abran para ti
que el sol te ilumine

Que los ángeles
y las aves te rodeen
que canten por tu llegada

En caso de no poder
renunciaría al cielo por ti
caería de su gracia

dejaría las alas

y las nubes

Bajaría al infierno

porque no tenerte

ese sería mi castigo

mi carga eterna

Pesaría más que la cruz de madera

y caería

desde lo más alto

arderé en llamas

por ti

LÍBRAME DE TODO MAL (tentación)

No me dejas caer en sus manos

no dejes que me lleve

impide que me aleje de la luz

Si tú no lo haces yo no lo haré

si tú me dejas me escapo

por eso hoy te ruego

me pongo de rodillas

digo tres oraciones

y siete confesiones

líbrame de su mal

líbrame de todo mal

No me dejes en sus manos
no dejes que me queme con sus labios
no me dejes caer en la tentación de su espalda
no me dejes ni de noche ni de día

Cuida mi corazón
no lo llenes de impureza
Cuídame de su mal
si tú no me detienes yo tampoco lo haré

Tres poemas de Nelly Sorcia



Los amantes (1885), pintura de Jan van Beers.

Rezo por el recuerdo

Recuerdo la risa que renace de tu ser
radiante como el rayo del sol
que recubre nuestra piel.

Rezo para recuperar
el vago recuerdo del ayer
donde rozamos el alma
en aquella recámara.

Rezo por recuperar lo que fue.

Rezo por regresar a tu lado.

Rezo por rodearte

con los restos de mi cuerpo roto y desalmado.

Un vacío

Un vacío dejaste
en mi ser
cuando decidiste
no volver.

La luz de mis ojos
te la llevaste
para iluminar
y ver en la oscuridad.

La libertad de mi ser
la ataste a tu mente.

Mis brazos tomaste
para escapar
del hoyo
en el que nos dejaste.

Mis lágrimas bebiste
para evitar ahogarte
en el silencio.

Y mis lunares ocupaste
para guiarte
en el oscuro desierto.

Regresa

Por si un día vuelves
te escribo poemas
todas las tardes.

Por si un día vuelves
tomo fotografías
a los atardeceres
que me hacen pensar en ti.

Por si un día vuelves
escribo mis logros
para contártelos.

Por si un día vuelves
guardo las canciones
que hablan de lo que siento
al saber que estás lejos.

Por si un día vuelves
quiero que sepas
que siempre has estado presente.

Y por si un día no vuelves
me quedaré con todo
lo que guardé pensando en ti.

Más poemas de Poesía sin nombre

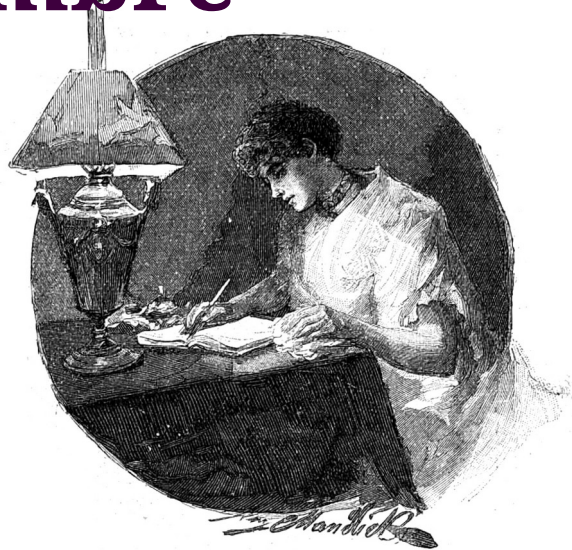


Ilustración de 1894 en la revista alemana *Die Gartenlaube*.

¿Qué es **Poesía sin nombre**?

Poesía sin nombre es un taller literario de Xalapa. Algunos poemas suyos aparecieron en la edición pasada de *Prácticas de vuelo*; ahora regresan con otra tanda. Reproducimos, de nuevo, la semblanza del grupo:

“El proyecto ‘Poesía sin nombre’ surge como una forma de explorar el amor a la poesía a partir del retrato de las experiencias cotidianas en torno al dolor y la violencia. Somos un grupo consolidado de cinco personas, cada una con distintos estilos de escritura y temas de interés. Algunos enfocados en la violencia, otros en el amor y su otro extremo.

Las sesiones iniciaron en noviembre de 2023 en la ciudad de Xalapa, Veracruz y contamos con una participación de lectura de poesía en voz alta. Hoy en día coincidimos en sesiones semanales en las que trabajamos diversas técnicas de escritura y analizamos poetas contemporáneos.

Estamos abiertos a recibir a más integrantes y a abrazar nuevas formas de concebir la poesía.”

Credo

Ángel Mejía Hernández

No creo en dios, pero creo en mi hermana en su enojo y en hacerla reír.

Creo en las narices mojadas de mis gatos, rezo porque nunca se sequen, creo que no merezco su amor, pero lo acepto.

En las hadas, las sirenas, los reyes magos y la magia, aunque me hayan dicho que no existen.

Creo en desobedecer, en protestar y en gritar, gritarle al viento si es necesario.

Creo en los poemas raros y las pinturas que nadie entiende, y que yo [tampoco, en las canciones perdidas y porque alguien las encuentre, en las personas esperando el camión conmigo y en las personas con muchos nombres.

No creo en religiones, pero creo en mis amigos, en su resistencia, creo en los peluches que me acompañaron cuando era un niño triste y en que todos los niños también tengan unos en que hay mucho mal y que el amor es el que mantiene vivo al mundo.

Creo en los hombres amables y en las mujeres enojadas, en las personas ruidosas y raras, que espero que nunca se callen en los tejidos sin terminar y en los dibujos que no me atrevo a pintar en cada perro que no pude salvar y cada planta que no pude cuidar.

No creo en dios, pero sí en mi cumpleaños y por llegar cada año, creo en

[las

mariposas de mi estómago porque veo sus rulos negros, ojos tímidos,

[posturas

raras y dientes chuecos.

Creo en querer, aunque duela y en llorar cuando se acabe, incluso a veces, hasta creo en mí.

Los monstruos existen

Ángel Mejía Hernández

¿No me crees? Pues yo tengo uno
lo he visto, es rojo
¿o era negro? no importa porque se la pasa transparente, como
el viento pero no hermoso, traicionero.

Una vez me tomó del pecho, me arrancó un pedazo y se sentó ahí adentro,
[lloré
con mi madre, con mi inocencia, con mi infancia, y con lo que fuera, él
[siempre
me ofrecía un trato:
“llórame un charco, y te prometo, que pequeño me hago”.

Se podía disfrazar de mi peluche favorito,
¡y ay qué tonto!,
yo lo abrazaba.
Hasta ahora me pregunto,
¿por qué le darías un dragón a un niño sin espada?
¿por qué le darías una guerra al desarmado?

Nunca se fue y creo que nunca se va a ir se sienta en la
esquina oscura de mi cuarto, se convierte en ojos
afuera de mi ventana, se para a la mitad de la
carretera, y quiere que lo siga me susurra terrores, y
me cuenta tragedias.

Pero al menos ya no es tan grande, ahora es tan pequeño que lo uso de llavero, ahora cuelga, cuelga y cuelga, hasta espero que disfrute colgarse, todos los días.

Escapo

Ángel Mejía Hernández

¿Será que la ciudad me conoce? ¿me
extrañará cuando es de noche? espero
que no, porque estoy en mi viaje; escapo
sus ruidos y sus calles.

Soy experto en escaparle,
en darle fin a sus cambios,
en oír solo a sus aves, y en
correr a abrazarte.

Juzgar

Luz Xcaret García Avalos

¿Por qué tengo que hablar todo el tiempo?
solo quiero ser yo, no hablo porque no quiero
eso no significa que sea malo, no me gusta
sentirme como un perro que le jalan la correa.

Ser callado, tranquilo y tímido también es
una forma de ser.

El tiempo no me va a cambiar como el
agua lo hace, pero no significa que no me
guste socializar.

De repente llega ese grano de arena que se convierte en
una tormenta que no puedo controlar y por no hacerlo
pienso que me van a juzgar.

Lo peor de este sufrimiento es que pasa en mi
cabeza y afuera todo es normal.

No había nada

Luz Xcaret García Avalos

Eres el capullo del que no quiero salir, si lo
hago dolerá más.

Quiero que nadie sea tuyo quiero que las
mariposas de tus entrañas entren por mi
boca y nunca salgan, quiero sentir sus alas
y que polinicen.

Aún tenía esperanzas que se quedaran conmigo, pero migraron
a otro cuerpo.

Credo

Martha Susana Mapel González

Creo en el Chevrolet Spark modelo 2015 que conduce mi papá hacia el trabajo.

Creo en la pasión de los chóferes de autobuses y en las cooperativas del transporte público, en las unidades decoradas con oraciones o stickers.

Creo en que, algún día, podré decirle al viejo asqueroso que me saluda, que me deje en paz.

Creo en la brisa fría de cada mañana y en el olor a sol creo en preparar el

[café

en medio de expedientes en mis audífonos inalámbricos y en la huella

[de mi

índice derecho. en la manzana que mi mamá me pone para desayunar.

[en las

lechitas Santa Clara sabor fresa y en los plátanos que agrego a mi avena.

Creo en la honestidad de Mariana y de Luna, en la amistad de Mayra y en la sensibilidad de Lilian. en la orientación de Ricardo.

en el eco de las risas, en el cansancio que nos une y en la contención que nos mantiene.

Creo en ustedes, en nosotras. y me
pregunto

¿somos compañeros porque caemos gordo
o caemos gordo por ser compañeros?

Un trato con Dios

Martha Susana Mapel González

No volveré a escuchar mi canción favorita y es tu culpa; imponíamos al momento canciones con nuestras voces satisfaciendo el ambiente con nuestro sueño viviente

Te robé ese momento porque no nos iremos aprecié verte hacia arriba, aunque no lo merecías con tu voz intentaste imponer mi canción favorita significativa por lo que es y porque te idealicé

Llorar sin lágrimas fue una realidad romanticé tu personalidad, sollocé ya no quiero volver a escuchar mis canciones favoritas las que siempre a mí me pertenecían.

Si tan solo

Giovanni Marín Ortiz

No hubo un momento de respiro ni tiempo para decidir.

Como la luz del rayo menos esperado, te tomé por sorpresa, y me extirpé de tu vida.

No hubo espacio para el conflicto, así lo dictó este pequeño cubo que llevo por corazón, no te di tiempo para levantarte, no pudiste secar tus lágrimas, no hubo momento para comprender, y de tus pequeñas y hermosas manos me escapé.

Tantos golpes y raspones ocasionados por mi boca, usé palabras como mazos y tu corazón recibió los golpes.

El más mínimo destello de quien era realmente, te hubiera dado un camino hacia mí, una senda entre la oscuridad de mi ser, para que supieras quedarte y plantarte, amarme más o correr.

Una sola verdad te hubiera servido
para comprender lo que no deseaba, lo
que a mi alma marchitaba, lo que, en
mi interior, lento y oculto me consumía
vivo.

Un solo momento de sinceridad hubiera
bastado para advertirte de mi tormenta, del
caos que ya tenía en la bomba de tiempo.

Si tan solo te hubiera regalado quien soy, tal
vez estarías aquí todos los fines de semana,
amándome sin condición alguna, y yo buscando
construir nuestra fortuna.

Si tan solo te hubiera dado quien soy.

Mereces

Giovanni Marín Ortiz

No mereces camas vacías, noches
turbulentas, lugares oscuros.

No mereces cuerpos extraños ni
besos amargos, pasión sin
amor.

No mereces oídos sordos a tus problemas
ni soledad en multitudes, no mereces callar
el llanto.

No mereces mentiras, ni verdades a medias, no
mereces partidas repentinas, no mereces que
fallezcan tus sueños.

Mereces compañía, felicidad y amor.

Sin título

Lorena Guzmán González

Del demiurgo somos un gargajo deseos
amarrados en un costal de cuero
padeceres sofocados, atados a un cuerpo y
materia fragmentada en pedazos

Bombas infames, puños
hostiles, discursos sin clemencia

De la humanidad todas son faces violentas pero
si he de pensar en la tortura más incruenta sería
en el sadismo de la mera existencia

Condenados a sentir, causar y contemplar el sufrimiento nos
escupieron al mundo sin habernos preguntado

Es un crimen cruel y mal planeado
haber nacido sin nuestro
consentimiento Tengo la boca seca y
un vaso con agua en frente, un vaso
medio vacío como mi cama por las
noches. Noches que traté de llenar con
humedad sin afecto, ese afecto que me
faltó de niña, la misma niña que soy a
veces, a veces pienso que una gota es

mejor que nada, pero una gota no te
quita la sed.

La sed es un recuerdo de mi
propia humanidad.

Sin título #2

Lorena Guzmán González

Vivía abrazada a la muerte adherida a
su seducción perenne adicta a su
saliva fría en mi cuello erizada ante
el tacto de sus falanges.

Me susurraba al oído y decía

“salta”

así como el ángel más bello
cuando cayó y perdió las alas y
el pavimento le deformó el rostro
como a una muela cariada.

Pero no lo hice, decidí vivir, al menos
por ahora.

La muerte ya no me abraza ahora la
llevo en la espalda y muy dulce me
lame las vértebras cada que ignoro
la alarma.

Sin título #3

Lorena Guzmán González

Juegas con mi corazón como con tus presas te amo y me dejas, bestia sin alma asesino nato, no me faltes es mejor estar muerta que vivir sin tus garras.

(Este es un poema a mi gato)

¿Cría cuervos y te sacarán los ojos?

Lorena Guzmán González

un cuervo domesticado a su guardián lleva tesoros. lo juzgan por quebrar el cuarto mandamiento pero nadie pregunta qué hizo el amo para quedar tuerto.

Seco estudio de una hermana mayor

Yaquelin Oliva



Retrato de dos hermanas (2004). Fotografía proporcionada por la autora.

Despojamiento

La hermana mayor no nace mayor, ni hermana. Nace hija única.

Falsa domesticación

¿Qué es una hermana mayor? Es un remanso del anhelo de independencia que —niña— alguna vez existió, encapsulado en las profundidades del yo: la voz, los castigos, las privaciones domesticar el instinto libertador en cada onza de su piel, pero la algarabía de sus pensamientos se desata cuando el caos la

sobrepasa, le llena la cabeza de tristezas y el imaginario con libertad pensada marchita —pequeña y corrupta por clavos de desesperación— que grita bajo premisa de impulsos letales “¿para quién existo?”.

Forma

La forma de la hermana mayor es voluble. Nace niña, crece madre, muere joven, no natural, sino forzada. El peso de las expectativas la deforma. A veces, es un obelisco que se yergue sobre tierra santa; otras, en

cambio, es casa de paja que se permite caer ante la más leve brisa.

Dulzura

¿Cómo se define la dulzura de la hermana mayor cuyo afecto se entremezcla con rechazo? Con violencia, porque ese es el único cariño que ha aprendido a expresar: el mudo suntuoso, escandalizado, escondido, abusivo, violento.

Los ojos de una hermana mayor

Dar y recibir: así como se le arrebatan cosas, a la hermana mayor también se le otorgan otras. Se trata de un proceso natural. Aprende, pues, a reconocer las huellas de los fracasos del padre, la madre, y miembros consanguíneos en general, y a no replicarlas. En su mirada se traza una guía camino al éxito, donde no existe cabida para los errores. Se perfecciona con autocrítica, autodesprecio e infravaloración.

Sensibilidad

La más mínima expresión de conflicto puede llegar a ser mortal.

Ella y yo

Un día, catorce años de haber nacido, me convertí en hermana mayor. Temiendo replicar el patrón de crianza con el que había crecido, evadí las responsabilidades que la familia suponía que debía desempeñar y me transformé en una transeúnte en la vida de mi hermano. ¿Por qué debe la hermana mayor replicar la maternidad, delimitada bajo la premisa de que es una extensión del cuerpo de la madre y no la madre, cuando existe la madre? ¿Quién dictaminó que esta era una verdad universal inherente a la hija mayor? ¿Con qué derecho?